

Reflexiones

Padre Nicolás Schwizer

Eucaristía y vida - 9 La Comunión (I)

La comunión es la meta del camino que nos traza la Eucaristía. El amor busca la comunión. Esa comunión que busca el amor la produce el sacrificio de amor. Porque el sacrificio rompe las barreras que impedían la comunión, el encuentro. Cristo alcanza en la cruz la cumbre de la comunión.

Primero, porque se da entero al Padre. Entra en la comunión más plena en que jamás hombre alguno ha entrado con el Padre, al cumplir su voluntad hasta el final. Porque muriendo proclama que su único anhelo es ser Hijo del Padre y cumplir lo que Él desea.

Y en segundo lugar, Cristo también se da entero a nosotros. Y entra en una comunión íntima y profunda con nosotros. No sólo se da por nosotros, para salvarnos, para expiar nuestros pecados. En la cruz entrega su Cuerpo y su Sangre para que se hagan comida y bebida nuestra. Y para que así, comiendo nosotros su Cuerpo y bebiendo su Sangre, podamos fundirnos enteramente con Él.

Cristo, desde la cruz, busca conducirnos a la comunión total con el Padre y con los hermanos. Quiere participarnos el misterio de su filiación divina frente al Padre y el misterio de su fraternidad con los hombres. Esto explica el contexto litúrgico de la comunión dentro de la misa. El Padre Nuestro anuncia la condición filial de Jesús y de nosotros ante el Padre. También la oración y el saludo de la paz nos preparan para el momento de la comunión: Cristo, nuestra Paz, restablece la paz en nosotros y entre nosotros. Y finalmente la advocación del Cordero de Dios, que nos recuerda que la comunión es fruto del sacrificio de Cristo. La meta última de la comunión es la comunión con el Padre.

Comunión con Cristo. La comunión con Cristo es una comunión esponsalicia. Entre las muchas imágenes que usa Dios en el Antiguo Testamento para explicar su amor a los hombres, usa muchas veces la imagen del esposo. Muestra su historia con Israel como la de un esposo fiel y a su pueblo como a una esposa infiel que siempre de nuevo lo rechaza.

Esa imagen destaca también la libertad de ese amor entre Dios y la humanidad. Porque el amor nupcial escoge, es un amor libre que da derecho exclusivo al corazón del hombre. Y Dios quiere que el corazón del hombre encuentre reposo sólo en Él.

Al mismo tiempo anuncian que ese Dios Esposo un día le va a regalar a su pueblo la posibilidad de ser fiel. Ese tiempo llega en el Nuevo Testamento con Cristo. Cristo viene a sellar la Alianza eterna y definitiva que los profetas mostraron como una alianza nupcial, de fidelidad inquebrantable.

Tal vez los hombres le seguimos fallando a Dios, pero la humanidad como conjunto ya nadie la separa de Dios.

En la Encarnación el Verbo al tomar posesión de la carne humana que le ofrece María, toma esa carne como un esposo a su esposa. A través de la Encarnación Jesús toma la carne humana en una dimensión nupcial que el Antiguo Testamento jamás podría haber imaginado. En la cruz se subraya el mismo rasgo. En la Cruz aparece Jesús como Dios Esposo que ama con un amor que incluye la entrega total del cuerpo. Y por eso San Pablo en la carta a los Efesios (5,21 ss.) compara la entrega de Cristo a la Iglesia con la entrega del esposo a la esposa.

En cada comunión eucarística, Cristo renueva la entrega de su Cuerpo, pero bajo el signo del alimento, que nosotros recibimos, que comemos y que se va haciendo carne de nuestra carne. Por eso, la comunión es un encuentro nupcial. Es el Dios Esposo que se acerca no sólo espiritualmente a mí, sino que se acerca con su cuerpo y logra una unión físico-espiritual tan íntima conmigo, que difícilmente esposos humanos pueden lograr. La entrega de Cristo en la comunión es de gran realismo nupcial, pero de un amor virginal. Invita a ser recibido con la misma actitud como María en la Anunciación, que se hace Esposa virginal del Verbo. Cristo en la comunión quiere ser recibido con la misma actitud esponsalicia virginal de la Virgen.